

## ¡EL AFILAOOOOOOR...!

Por Elisa Cabanillas Lobo

Sentada ante mi ordenador realizando un trabajo para mis estudios, de pronto siento el sonido del afilador:

¡El afilaooooooor...!

Es un clásico de entre los oficios de antaño que poco a poco se van perdiendo. Antiguamente este personaje era como una institución, una figura normalmente masculina, afilaba todos los utensilios punzantes, a su paso tocaba su flauta de caña dulce y pregonaba su llegada con su característico grito.

No dejo de pensar en algunas supersticiones que aún perviven en mi pueblo, sobre todo en los mayores como mis abuelos, que son los más dados a ellas.

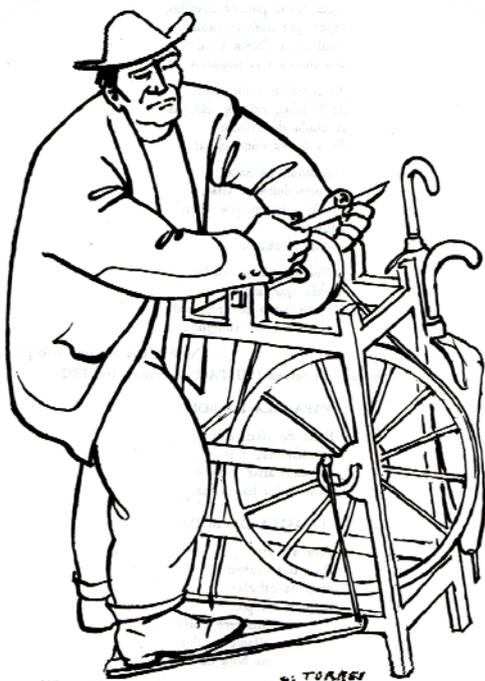


Fig. 171.—Dibujo de Manuel Torres

Por lo visto la llegada del afilador siempre anunciaba muerte o lluvia. Y es así que si alguien muere a los pocos de días o cae lluvia a chuzos es culpa de la llegada de este personaje. Y lo más agüeros vaticinan muerte segura.

Una vez oí el comentario que alguien al día siguiente de su llegada había fallecido. Lo estaban comentando en la panadería de Adolfo, un viejito se lamentaba que el afilador no traía nada bueno, "el tío siempre que viene se lleva unos pocos, pues se podía quedar sin venir mucho tiempo, que una de las veces se llevó hasta al médico y el maestro de mis nietos", mientras el panadero, que hacía un pan de pueblo de los más ricos que puedan existir, se mantenía callado moviendo la cabeza en señal de afirmación..

Este mal presentimiento está extendido por muchos pueblos de esta región, siendo tal el miedo que en uno de ellos sus habitantes tienen prohibida la entrada a este hombre ambulante.

Estoy pensando que mis tijeras no cortan muy bien, mejor dicho lo hacen mal, desde que las utilizo para todo, voy a salir a afilarlas, siento la curiosidad de conocer a este personaje mañanero, tiene que estar

muy cerca practicando su oficio, pues el sonido vino de muy cerca.

Ya habían salido algunas mujeres y mientras él hacía su oficio ellas en su espera cotilleaban unas con otras a lo bajito, sin importarle la presencia del hombre, que gruñía en su quehacer.

¿Madre mía a quien le tocará? —Decía Nieves, la más mayor de ellas, a Juana la capataza, y ella suspirando le respondía:

—"El hijo de Joaquín está muy malito, y la Eduvigis parece que le ha llegado su hora, y la suegra del alcalde dicen que le ha dado un ictus". Allí hacían un pequeño y rápido recordatorio de los males de allegados y conocidos.

Cuando sus navajas estaban ya preparadas para cortar, él las entregaba mirándolas con ojos penetrantes que en más de una producía escalofríos, él sin emoción ninguna recogía su importe, ante las quejas de alguna vecina, que le parecía excesivo los euros por afilar, ellas con sus utensilios volvían a sus moradas asustadas, después de haberse explayado en sus comentarios de enfermos y los apuntados a fallecer, sin olvidar al meterse para dentro de sus casas hacer la señal de la cruz, eran pura superstición.

En mi espera hago un pequeño análisis de él. Un hombre de pocas carnes, la piel curtida por el sol, bastante moreno, unos 60 años, llevaba ropas holgadas, bastante deterioradas, yo diría también sucias y roídas. Su rostro sin afeitar con poco pelo retirado hacia atrás, de color blanquecino, sus canas eran abundantes, el cigarro en la comisura de sus labios, viéndolo de cerca no me extrañaba nada que las viejecitas se fueran con una buena dosis de miedo entre sus enjutas carnes.

Mirándolo y haciendo una observación de este personaje de cuentos, él como si no quiere la cosa se saca su bota y echa un buen trago, será de algún vino peleón, para recobrar fuerzas; después del largo trago, recoge mis tijeras y se pone a pedalear en su destartada bicicleta haciendo girar la rueda de amolar, encendiendo otro cigarrillo, empalmando uno con otro, sin inmutarse por las cenizas caídas sobre su ropa.

Sigue con su trabajo hasta quedar perfectamente afiladas, recojo mis tijeras después de hacer varios cortes de prueba y le pregunto el precio, a lo que me responde casi con un gruñido, le doy su importe, lo guarda en un bolsillo y saliendo de allí como alma que lleva el diablo, seguro que ya tenía bastante con el puñado de euros recogidos por esos trabajillos de hoy y había que comprar caldo más rico que le enturbiara la vista y los pensamientos.

Se aleja calle abajo montado en su bicicleta herrumbrosa sin ni siquiera parar ante una viejecita que le esperaba con algo entre sus manos para afilar.

De regreso a mi casa no dejo de pensar en esta figura, después de pensarlo bastante cojo el coche y salgo en su busca, me recorro todo el pueblo, sin encontrarlo por ningún sitio, parecía que se lo había tragado la tierra, más bien se había esfumado, su presencia ahora me parecía un sueño, en ningún sitio había señales de su paso.

Cabizbaja regreso a mi hogar, en mi cabeza martillea sin cesar la frase:

¿Y si de verdad hubiese venido a traer la muerte? Porque lo que es lluvia no se veía ni asomo de ella por ninguna parte, el cielo está despejado.

¿Qué ilusos?, la muerte acecha y la lluvia cae cuando tiene que caer, que está el hombre del tiempo que lo pronostica y pocas veces se equivoca, que de eso entienden los meteorólogos un rato.

Ahora es de noche estoy sola en casa y un mal presentimiento recorre mi cuerpo, mi alma se encoje, no dejo de pensar en este hombre, me está alterando mi rutina. ¿Qué será de cierto esta leyenda?

María se duerme rendida por los brazos de Morfeo pensando que a quién le tocará el señor muerte con su guadaña mañana. Poco a poco cae en el sopor del sueño...